

de Crónica
Córdoba
y sus Pueblos
IX



Córdoba, 2003

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones CajaSur y Servicio
de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2003



Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS, IX

CONSEJO DE REDACCIÓN

Coordinadores

José Antonio Morena López
Miguel Ventura Gracia

Vocales

Enrique Garramiola Prieto
José Lucena Llamas
Juan Gregorio Nevado Calero
Pablo Moyano Llamas

Edita: Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: *"Estampa romántica de Aguilar"* de mediados del siglo XIX.

Imprime

Ediciones Gráficas Vistalegre
C/. Ingeniero Ribera, s/n. (Pol. Ind. Amargacena)
14013 Córdoba

ISSN: 1577-3418

Dep. Legal: CO-775/2003

El desierto del Tardón en Hornachuelos ¿Historia, leyenda o misterio?

Antonio Ortega Serrano
Cronista Oficial de Hornachuelos

El reencuentro

En un día caluroso del mes agosto, cuando sentado en la puerta de mi casa, en mi retiro estival en el campo, percibiendo el inconfundible olor de la diamela, los nardos, la hierbabuena, las clavellinas y el heliotropo. Escuchando el canto de la impertinente chicharra, que va produciendo en mí una sensación de modorra, cierro los ojos y viajo imaginariamente por un intrincado itinerario de nuestra Sierra Morena. De pronto, me detengo en aquellos lugares que recorrí alguna vez, atravesando montes y valles, caminos tortuosos, sendas inciertas y angostas veredas. Posiblemente, los mismos por los que los antepasados de la historia anduvieron buscando la soledad y el silencio, la sabiduría y la obediencia, la santidad y la gloria, la humildad y la perseverancia, la solidaridad y el amor al prójimo. Muchos de ellos tuvieron la recompensa de hallarlos, y otros, desgraciadamente, seguimos buscándolos, no sé si algún día los encontraremos en algún recoveco del camino, o quizá los tengamos que descubrir en la inflexibilidad de nuestros propios corazones.

Como de costumbre, guiado siempre por mi afición de descubrir cosas nuevas, investigando vidas de hombres relevantes en la historia, bellos lugares y sitios por los que la mayoría de ellos pisaron y disfrutaron oliendo el exuberante aroma de las jaras, el tomillo, el romero y el espliego, y escucharon el trinar de los pajarillos, el croar de las ranas en el arroyo o la charca y el suave y delicioso silbido del viento. Mis recuerdos me llevan, a veces, a añorar pasajes de mi niñez que viví en la Sierra de Hornachuelos, muchos de ellos, sin importancia, pero otros...

En mi constante caminar, después de haber recorrido algo más de dos leguas y media por trochas y veredas, subiendo y bajando cerros accedimos a una carretera tortuosa, en su mayor parte sin asfalto y al pasar una curva nos encontramos con un tramo ensanchado y protegido por paredes a cada lado y eucaliptos, al fondo la entrada a la aldea de San Calixto, allí habitaron personas que yo conocía, parientes con los que iba a pasar una temporada, para curtirme e ir aprendiendo a ser hombre —como solía decir mi padre, que en gloria esté—. En una de las casas de la única calle que poseía la aldea en sentido longitudinal, vivía el primo de mi padre, era el encargado de la finca, José López Muñoz, al que todos apodaban Pepe el “Colorao”, que era hijo del último Alcalde que tuvo Hornachuelos en la República, D. Ramón López.

Frente a aquella casa se abría una calle muy ancha, empedrada, que después de pasar el brocal de un pozo muy original que hay en el centro, desembocaba en la gran puerta de entrada de la iglesia, en su esquina, y a pesar de las heridas del tiempo, una torre esbelta con sus campanas dispuestas a tañer con su sonido salpicado de añoranzas y Aleluyas, y cómo no, para invitar a sus fieles a la oración. Las mujeres en las puertas de las casas tendían las ropas blancas y recién lavadas en los tendederos que tenían en el patio trasero de las casas y en muchos casos, sobre las azules flores del romero y el espliego de los arriates que tenían en la fachada, con lo que conseguían que una vez secas, estuvieran impregnadas de exquisito aroma, figura que parecía extraída de una estampa de Fray Angélico o de un poema de San Juan de la Cruz o de Santa Teresa de Ávila.

Todo aquel pasaje en mis recuerdos se incrustaba en mi alma, cargándomela de sugestivas irradiaciones y envolviéndomela en un halo legendario de rememoraciones inolvidables que allí pasé. Desde aquel día, y tomando como referencia unas palabras escritas en un libreto, encontré, tan lejano en el tiempo, pero tan cercano en mi memoria, lo plasmado en mi imaginación, la poesía de aquel cuadro candoroso e ingenuo. Alguien dijo, tiempos ha, lo difícil que resulta en todo paisaje, visto y vivido, separar la doble reacción que produce lo natural de lo histórico y lo cotidiano de la leyenda. Las nociones más estrictas de la vida, van rodando en pasajes volátiles y sumergiéndose remarcadas de magníficas resonancias legendarias.

Recuerdo al “Señor”, como gustaba de ser llamado, don Julio Muñoz Aguilar, Marqués de Salinas, que unos años antes había comprado la finca a la que se anexionaba como cortijada, la que fuera en su día la pequeña aldea de San Calixto. En ella habitaban los empleados de la misma y el propio Marqués y su familia en la gran mansión o casa-palacio que se construyó. Don Julio, que era natural de Palma del Río, realizó estudios universitarios hasta su graduación en la carrera diplomática, en la que llegó a ejercer como Jefe de la Casa Civil del General Franco, que para darle más relieve, le dio la posibilidad de comprar el marquesado de Salinas, casó con doña Magdalena de Muguero y Frigola, de cuya unión nacieron sus hijos: Iñigo, Magdalena, Piedad y Santiago.

El "Señor", que era muy religioso y devoto de la Santísima Virgen, recuerdo y parece que lo estoy viendo, como todas las tardes cuando ya el sol había desaparecido por los montes del poniente, y las gentes de la aldea habían vuelto de sus quehaceres cotidianos, él, al frente de la mayoría de los habitantes, se dirigía a la iglesia a rezar el rosario que él mismo conducía con destreza singular, aquella iglesia que había restaurado con tanto amor en la década de los años cuarenta del pasado siglo XX. Presidiendo el Altar Mayor, una imagen de Nuestra Señora de la Sierra, similar a la que veneraron los eremitas del Tardón, ya que la actual talla fue encargada por el señor Marqués en los años cuarenta. Colgando de sus muros podemos apreciar un conjunto de lienzos que constituyen la decoración actual del templo. Alojado en una capilla lateral de la parte izquierda, destaca un Crucificado con María Magdalena, que representa un Cristo de cuatro clavos, pintura de Juan de Roelas, que fue el introductor del naturalismo en la escuela sevillana del barroco, en el conjunto existen otras obras como una Coronación de la Virgen, copia de Diego Velázquez, que luce sobre el retablo del altar mayor acompañada de otras obras como un Arcángel entre una gloria de angelitos y diversas reproducciones de Bartolomé Esteban Murillo, como San Antonio con el Niño o Santo Tomás de Villanueva repartiendo limosna, como también son de gran interés los doce cuadros del completo Apostolado, de procedencia flamenca, además del que representa a Jesús en el pozo de la Samaritana, o el gran San Jerónimo penitente, copia de José de Ribera "El Españolito", también el de San Francisco de Borja, y otras obras de características populares como las de Santa Cecilia o la fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa, etcétera, amén de otras esculturas de ángeles y otras imágenes.

Algún tiempo después, Dios iba a bendecir la casa de los Marqueses con el enlace matrimonial de su hijo y primogénito don Iñigo con doña Marina de Ybarra, hija de los Condes de Ybarra, que pasados unos meses daría a luz una maravillosa niña que ostentaría el nombre de Marina, como su madre, y a continuación, un precioso niño al que le impusieron el nombre de Iñigo, como su padre.

Don Iñigo era muy querido por los habitantes de la aldea por su sencillez y cordialidad con todo el mundo. Pero como la felicidad no es siempre completa y el diablo anda suelto por todos los confines de la tierra, un funesto día, cuando circulaba con su rápido automóvil por la carretera, dejó su vida en ella en aparatoso accidente.

Los Marqueses, destrozados, se acercaron, más si cabe, a Dios, e incluso su hija Piedad tomó los hábitos de las Carmelitas, por lo que algún tiempo después don Julio y doña Magdalena decidieron en los anexos de la iglesia construir el actual convento, que fue fundado por la Madre Maravillas de Jesús y al que fue enviada unos meses después su hija con ocho religiosas más y en el que en la actualidad es Superiora una nieta llamada Sor Marina de Cristo.

En cuanto a mí, hace algún tiempo fui premiado con algo que llenó por entero mi máxima ambición en la vida, poder servir a mi pueblo y ser útil a mis paisanos, de

una forma altruista y desinteresada, ya que la Corporación Municipal unánimemente me nombraron Cronista Oficial de la Villa de Hornachuelos, mi pueblo, de lo que estoy y me siento muy orgulloso. Hay un refrán que dice: "Nadie es profeta en su tierra", Dios me libre si mi pretensión es ser profeta, pero para mi humilde persona, que ama fervorosamente la tierra que le vio nacer, el ostentar este título es como haber respaldado y contribuido a elevar mi personalidad a los más altos fines de lo que pudiera desear.

El encuentro con aquel lugar y el hallarlo casi igual que la primera vez que estuve en él. Y con esta tendencia con que nos quiso premiar Nuestro Señor, de darnos la posibilidad para recuperar las cosas guardadas en nuestro espíritu, me dispuse a volver a recorrer de nuevo aquel cuadro bello y primitivo y que nos resume esas cosas espléndidas del pasado y, a veces, del propio futuro. No encontré cambio alguno en él, pues lo que antes me resultara maravilloso, aún con el paso del tiempo, me sigue pareciendo maravilloso, la fantasía o lo fantasmagórico, sigue estando al alcance de los niños y los no tan niños, pues son cosas que se guardan en un corazón limpio y sin entresijos, lo humilde, humilde y lo pobre, pobre, pero un misterioso don hacía que súbitamente la humildad y la pobreza mismas cobrasen una gracia inapreciable y las tomase en cualidades amables y en atractivas sugerencias.

Por todo ello, y en este día soleado del mes de agosto, al contemplar este San Calixto, esta recoleta aldea enclavada en esta bella sierra, de aspecto bravo y solemne, rústica y dulce a la vez, con su antigua iglesia, ahora reconstruida y mejorada, sus mismas casas blancas, ya sin el bullicio y la alegría con que yo las conocí en mi niñez, hoy en su mayoría calladas y cerradas sus puertas, sus campos, ya no estaban poblados de ovejas balando, ni tintineaban las esquilas, ni los pastores reían, ni sus jarales y romeros sacudidos y atropellados por los zahones de los jornaleros limpiando de monte los llanos y la parte más alta de las umbrías, en las que pastaban, sin miedo a ser molestados, cientos de venados, ciervas y cervatillos y otros animalitos de caza menor, como conejos, liebres y perdices rojas, ya que el Señor Marqués tenía prohibida la caza con armas de fuego, hasta que llegaba la época de las "monterías" o el "desconejo" en la finca, pero sí hubo un detalle que me llamó la atención: en su alta torre se traslucían las mismas campanas y pude escuchar con nitidez sus tañidos llamando a la oración; aquello me pareció como si todo el conjunto, recogiendo la emoción del tiempo, se repitiese, y en mi mente se reflejase, como en un espectáculo de ensueño, como sus blancas y bulliciosas casas recobraban su alegría, sus campos se llenasen de baladas de ovejas, de risas de pastores y esquilas, las flores blancas de las jaras y las azules del romero, vibraran de alegría al contacto de los zahones de los jornaleros, en una palabra, esta aldea volvía a recobrar la animación de entonces y de ella desaparecía el solemne silencio que encontré al llegar y que no era otro que el pasado de un ayer interrumpido. Todo había cambiado, al menos, en mi imaginación.

Si volvemos la vista atrás y nos situamos en el tiempo, en aquella época, en que fue primero una tradición monacal de la vida eremita, aquella en que congregaba en humanidad y oraciones a una reducida comunidad de almas que, en la pequeñez de sus celdas, sabían aprisionar la gloria entera de luz, y todo el espléndido y dilatado horizonte del espíritu.

Aquí pudieron disfrutar aquellos ermitaños de la delicia secreta de dormir sobre una dura plancha de corcho y ser despertados a la medianoche por el tintineo inconfundible de la esquila ermitaña para rezar sus oraciones a la luz de las estrellas. En este lugar disfrutaron de la belleza de ver ocultarse el sol, el crepúsculo y el nacimiento de la noche estrellada, salir las primeras luces de la aurora y aprendieron la trascendente importancia de la meditación y la soledad serena y de la conversación sin prisas y discusiones, la obediencia con humildad, así como las contemplaciones sin límite en la extensión, de la belleza del universo y del azul de su esplendoroso cielo.

Por donde hoy se dibujan estas calles, se sintieron felices, elevando sus plegarias al Altísimo, escribiendo códices en miniatura, hilando lanas, plasmando tratados filosóficos, escalando hasta las más altas cumbres de la teología, trabajando su campo y recolectando las cosechas. Saboreando aquel pan que amasaban y cocían en rústicos hornos contruidos con sus propias manos, aquel pan cuya pulpa, aterciopelada y brillante, con aliño de sal y aceite, degustaron un día las comunidades aristocráticas de la milenaria Creta.

Civilización también, después de la segunda década del siglo XIX, cuando, ya vacías las celdas de ermitaños, otras manos atienden la conservación de aquellos muros, transforman en palacio el primitivo monasterio y hacen, en fin, que la obra realizada allí por la gracia de los monjes, no se extinga y repiquen de nuevo las campanas, y se pueble el cielo con los blancos espirales de humo hogareño, quedando aprisionado por el sonido de las roncadas caracolas de los perreros, dando suelta a su rehala para iniciar el acto de la alegre y bulliciosa fanfarria monteril.

Esta costumbre cinegética se puede calificar de poética tradición, una y otra, que se quiebra en el siglo actual con la tragedia rural del fraccionamiento rústico. La obra de casi cuatro siglos se derrumba y los intentos aislados de sus poseedores no logran rehacer su anterior belleza y unidad.

Me llevaría una decepción si las pinceladas con que fue escrita esta disertación, pudieran parecer a alguien estampas de leyenda más que de historia, pero bien sabe Dios que mi pluma, guiada por el pensamiento y la investigación, juega con nombres y fechas, crónicas y hechos rigurosamente ciertos, unidos, en una amalgama aleatoria, para una monografía de un pasado que recibe ahora una caricia, tras la ingratitud de tan prolongado olvido...

No sólo son recuerdos

Lo que se olvida es lo que no deja huella ni constancia y aquí ha quedado, y para evitarlo encontramos un resquicio que nos demuestra la axiomática demostración de que existió. En la fachada del pequeño atrio de la iglesia aparece una lápida con la siguiente inscripción:

“BONITATEM ET DISCIPLINAM ET SCIENTIAM DOCE ME”. A LA SANTA MEMORIA DEL BEATO JUAN DE ÁVILA, APÓSTOL DE ANDALUCÍA, PREDICADOR INFATIGABLE POR LA CONVERSIÓN DE LAS ALMAS, GLORIA DE ESTE VERGEL MONÁSTICO, OBJETO DE SUS SOLÍCITOS CUIDADOS Y TESTIMONIO PERENNE DE SUS PRODIGIOS, EJEMPLO LUMINOSO DE CONFIANZA EN LA AMOROSA PROVIDENCIA DEL PADRE CELESTIAL, INSIGNE PROPULSOR DE LA CIENCIA Y DISCIPLINA ECLESIAÍSTICA, MINISTRO ADMIRABLE DE LOS PRIMEROS MONJES DEL TARDÓN. ENTREGÓ SU ALMA A DIOS, EN MONTILLA, EN BRAZOS DEL VENERABLE PADRE MATEO DE LA FUENTE, FUNDADOR Y PRIMER ABAD DE ESTE MONASTERIO DEL TARDÓN. ESPEJO DE SU HEROICA VIRTUD, HONRA Y PREZ DE LA ORDEN DE SAN BASILIO EN ESPAÑA. MUERTO EN OLOR DE SANTIDAD EL 27 DE AGOSTO DE 1575, ESTA CUYA IGLESIA GUARDA SUS RELIQUIAS”.

Y una vez que entras en el recibidor del convento, donde se encuentra el torno, en el que las monjas depositan los artículos que adquieren los visitantes, en un bonito patio lleno de naranjos otra no menos expresiva, en la cual se puede leer:

“EL MONASTERIO DE EL TARDÓN, DE LA ORDEN DE SAN BASILIO, FUNDADO EL AÑO DE 1542 POR EL VENERABLE MATEO DE LA FUENTE, ALZABA SUS AIROSOS MUROS SOBRE EL MISMO RECINTO QUE OCUPA HOY SAN CALIXTO. DE LA GRANDEZA DEL MONASTERIO, Y LA OBRA CIVILIZADORA DE LOS MONJES, SÓLO QUEDA EN PIE LA HERMOSA ARQUITECTURA DE LA IGLESIA Y LA ESBELTA SILUETA DE SU TORRE. LOS EJÉRCITOS NAPOLEÓNICOS DEJARON A SU PASO, AL ALBORAR LA ANTERIOR CENTURIA, LAS HUELLAS DEL SAQUEO Y DEL INCENDIO, LA IMPIEDAD, LA INCURIA Y EL OLVIDO, CONSUMARON MÁS TARDE SU RUINA. CON SUS RESTOS SE LEVANTARON, EL AÑO 1840, LAS EDIFICACIONES QUE FORMAN LA ALDEA DE SAN CALIXTO, SIN EMBARGO, EL MONASTERIO DEL TARDÓN ENVUELTO EN UN HALO DE LEYENDA Y DE MISTERIO, FORMA PARTE DE NUESTRA HISTORIA. TERESA DE JESÚS, CITA EN SU FUNDACIÓN “EL MONASTERIO DEL TARDÓN COMO EJEMPLO DE OBSERVANCIA Y BUEN GOBIERNO”. SAN PÍO V, TRAS HACER SU ENCOMIO ANTE EL COLEGIO DE CARDENALES Y PRESENTARLO EN PARANGÓN CON LOS DESIERTOS DE LA TEBAIDA Y EGIPTO, LES DISTINGUE CON SU BULA DE CONSTITUCIÓN Y HACE OBJETO DE ESPECIALES MERCEDES Y CARIÑO. FELIPE II, CON OCASIÓN DE SU ESTANCIA EN CÓRDOBA EN EL AÑO 1572 INTENTA PONERSE EN CAMINO PARA

VISITAR EL TARDÓN, ESTORBÁNDOSELO NO TANTO LA ESPEREZA DEL RECORRIDO, CUANTO LA HUMILDAD DE FRAY MATEO DE LA FUENTE, TEMEROSO DEL POSIBLE ENVANECIMIENTO DE SUS FRAILES, AL VER QUE EL MONARCA MÁS PODEROSO DEL MUNDO EN CUYOS DOMINIOS NO SE PONÍA EL SOL, ACUDÍA A VISITARLOS. A LO LARGO DE TRES CENTURIAS MORARON EN UNA PORCIÓN INSIGNE DE ALMAS, LOS VENERABLES, DIEGO VIDAL Y ESTEBAN DE CENTENARES, FRAY JUAN DE LA MISERIA, EL OBISPO ROXAS SANDOVAL, EL PADRE RÓELAS, Y TANTOS OTROS, SUPIERON ENCERRAR EN LA PEQUEÑEZ DE SUS CELDAS LA GLORIA MISMA Y GANAR LA INMORTALIDAD. LA AMOROSA PROVIDENCIA DEL PADRE CELESTIAL HIZO QUE, CABE LOS CAMPOS PERTENECIENTES, DESDE EL AÑO 1542 AL DE 1827, AL CONVENTO DEL TARDÓN, EN EL MISMO TEMPLO ERIGIDO POR LOS MONJES EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DE SIERRA, SE FUNDARA, BAJO DICHA ADOVACIÓN, PARA MAYOR GLORIA DE DIOS Y DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, ESTE CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZAS, DE ESTA SIERRA, EL ESPÍRITU DE TERESA DE JESÚS, LA "SANTA" COMO SE DICE POR LOS ESPAÑOLES DE LAS DOS ESPAÑAS, LA CELESTIAL AUTORA DE LAS MORADAS, MAESTRA DE MÍSTICA QUE ENCENDIÓ EN FULGORES DE BIENAVENTURANZA LA LENGUA RECIA DE LOS TEÓLOGOS Y CONQUISTADORES Y UNGIÓ EN PERFUME DE NARDO NUESTRO CASTICISMO ADUSTO Y NUESTRO BATALLADOR TEMPERAMENTO ÉTNICO, VELARA PORQUE CON LOS EFLUVIOS DE LA ORACIÓN, QUE SE REMONTAN AL CIELO, DESDE ESTE HUMILDE CONVENTO DE UNAS POBRES CARMELITAS DESCALZAS, DESCIENDA A LA TIERRA Y SE VIERTAN SOBRE LA PATRIA Y LA HUMANIDAD LAS ALEGRÍAS DE LA GLORIA.

San Basilio

Creo que lo más correcto y necesario sería evocar, aunque a grandes rasgos, la vida y hechos de San Basilio, llamado *El Grande* o *El Magno*, para poder después hablar con más fidelidad de lo que fueron los Basilios y los monasterios que fundaron a lo largo de su existencia.

Se puede afirmar axiomáticamente, que este santo fue uno de los padres de la Iglesia. Nació en Cesárea (Capadocia) en 329, tuvo una muy corta vida, de sólo cincuenta años. Pero este corto espacio de tiempo fue ocupado por San Basilio, las veinticuatro horas, y prácticamente los 365 días del año. Recibió su formación en Cesárea y Atenas, y hacía el 356 ejerció la enseñanza en su ciudad natal, si bien poco después, decidió retirarse a la vida contemplativa y monástica, vocación que luego siguieron muchos santos varones que desearon seguir sus pasos. Ante las intensas campañas que el emperador Constantino Valente emprendió a favor de la divulgación del arrianismo se sintió obligado a regresar a Cesárea para dedicarse a la defensa y apostolado de la Iglesia Católica..

Al morir Eusebio, obispo de su tierra natal, fue designado sucesor suyo en la diócesis, en el 370, y su incansable actividad, colmada de doctrina y elocuencia, le llevaron a enfrentarse ventajosamente con el propio emperador. Tan así fue que a San Basilio se debe en gran medida el hundimiento final del arrianismo en el año 381, cuatro años después de su muerte.

Fue fundador de una comunidad monástica, legislador del monacato (en las *Reglas*) la de los Basilio-, y fue así mismo intérprete y comentarista de las Sagradas Escrituras (especialmente en las nueve "homilías" sobre el *Exameron*, es decir, sobre los días de la creación, y en otras trece sobre los *Salmos*). *Homilías*, *Discursos* y el tratado *Sobre el uso de los clásicos paganos*. Después del Concilio de Nicea, ya de forma polémica y apologética, por ejemplo en la aguda *Reflutación* del herético Eunomio, ya con laboriosa acción diplomática junto al pontífice San Dámaso I. De profunda cultura clásica, desarrolló con equilibrio, en el pequeño tratado *A los jóvenes*, el problema de los estudios profanos en la escuela cristiana. En el campo filosófico se valió de diversos principios, tomado de Platón, Aristóteles, Posidonio y Plotino. Sus cartas (unas 350) revelan la riqueza de su humanidad y su ferviente espíritu apostólico. La fiesta de este gran santo se celebra el 30 de enero.

El Arrianismo

Para que tengamos una idea de lo que tuvo que luchar y contra quien San Basilio, debemos aclarar lo que fue el arrianismo y su fundador. El arrianismo fue la doctrina herética acerca de la Encarnación de Cristo que, en el siglo IV, tuvo una de las más graves crisis del cristianismo. El arrianismo recibe el nombre de Arrio (hacia 256-336), inteligente y obstinado alumno de la escuela de Antioquía que fue ordenado sacerdote en Alejandría. Hacia el 318 Arrio empezó a enseñar nuevas doctrinas, en las que afirmaba que el Hijo de Dios no era más que una criatura, la primera, sacada de la nada antes del tiempo e instrumento de la restante creación. Para defender el monoteísmo negaba por consiguiente la Santísima Trinidad y socavaba la cristología: Cristo, según Arrio, carente de racionalidad, no era un ser completo. El Concilio de Nicea en el año 325, el primero de los ecuménicos, condenó el arrianismo, pero su promotor no se retractó, sino que activó sus heréticas predicaciones. Con el apoyo del poder imperial, en especial de Constantino Valente, aumentó el número de sus seguidores, entre los que se encontraron los visigodos que penetraron en España, hasta el día de su muerte, acaecida en Bizancio. El arrianismo se prolongó en algunos pueblos hasta el siglo VII.

Los Baslios

Los religiosos componentes de estas comunidades, más que formar una orden constituyeron un sistema de vida basado en la regla que estructuró San Basilio. La historia de la prescripción fue así:

San Basilio recorrió diversos centros monacales situados en Alejandría, Egipto y Palestina, y en colaboración con su entrañable amigo San Gregorio Nacienceno redactó unas normas prácticas para la organización de los centros monásticos que se fueran creando, tanto de hombres como de mujeres. Con el tiempo, tanto los concilios como los patriarcas de Oriente fueron enriqueciendo la regla con abundantes artículos complementarios.

Hacia la mitad del siglo V, se fueron extendiendo por los vastos territorios orientales las distintas agrupaciones, tan abundantes en variedades de monjes baslios, los cuales participaron en muy buena parte en el desarrollo de la Iglesia de Oriente, con la fervorosa incorporación de la bizantinia. Tanto prestigiosos patriarcas como insignes obispos acataron e impulsaron las reglas. En ellas se forjaron Eutiquio, Nicéforo, Juan el Ayunador, Metodio, Ignacio, etcétera.

Inquebrantables defensores de la fe, San Máximo confesor, Teodoro Estudita, San Juan Damasceno y otros fueron ejemplares monjes baslios, y con su poderosa acción lograron propagar el cristianismo, traspasándolo de las fronteras imperiales. Particularmente, los santos Cirilo y Metodio realizaron una inmejorable labor, llegando a ser los mejores cultivadores de las letras en todo el Oriente.

La decadencia del imperio y el imparable avance del islamismo fueron disminuyendo el número de los monasterios de San Basilio. No obstante, hoy día se conservan algunos centros monásticos célebres, como los del Monte Sinaí, el de San Sabas, en Palestina, y los del Monte Athos. Además, aún quedan otros muchos en las iglesias ortodoxa y rusa.

La Orden en España

La Orden de San Basilio no se implantó en España hasta finales del siglo XVI. Fue como consecuencia de un movimiento de vida espiritual en el que se mezclaban ideales de anacoretas y propósitos cenobíticos. El impulso creador correspondió a unos hombres que actuaron entre sí de forma independiente. Estos eremitas no pueden ser otros que Mateo de la Fuente, Bernardo de la Cruz, Francisco Aguilar de Loaisa, Esteban de Centenares, Diego Vidal y cómo no, la inestimable colaboración del Venerable Juan de Ávila.

Mateo de la Fuente

Allá por el año 1542, un hombre, ansioso de soledad, lleno de amor y nostalgia, llegó al entonces llamado "Desierto de la Albaida", ese desierto que andando el tiempo, cantaría Antonio Fernández Grilo en su composición poética a las Ermitas de Córdoba. Aquel hombre no era otro que el hermano Mateo de la Fuente, que había nacido en 1524, en Almiruete, cerca de Tomejón, perteneciente al arzobispado de Toledo. Sus padres, una familia cristiana de buenos labriegos, lo criaron temeroso de Dios, y desde muy niño sobresalía en él su apego a las cosas de la Iglesia, por lo que, ya mozo, marchó a estudiar a Salamanca, donde logró despuntar en las humanidades y que al alcanzar su graduación decidió abrazar la vida monacal y cenobítica.

Allí conoció a un ermitaño ejemplar que vivía en soledad cerca de Salamanca, con el que trabó de inmediato una estrecha amistad y con el que estuvo algún tiempo en su compañía, practicando sus mismos piadosos ejercicios. Ello le inclinó poderosamente a la vida solitaria, a la que cada día que pasaba era llamado por Dios, Nuestro Señor, con una vocación muy clara y arraigada.

Antes de tomar una decisión tan importante en su vida, consultó Mateo al P.F. Domingo de Soto, catedrático jubilado y oráculo de la Universidad salmantina, quien desde hacía mucho tiempo había descubierto en el estudiante Mateo tal fondo de virtud, que sin que él se diera cuenta llegó a amarlo tiernamente y por supuesto animándole a seguir aquellos sus deseos. Del exquisito trato de estos dos varones, el uno santo y el otro santo y docto, sacó por conclusión Mateo que la verdadera felicidad y sabiduría consistía en buscar a Dios sobre todas las cosas, y que, en ninguna parte como en los desiertos, con la oración, labores de manos, mortificación y santificación, puede lograrse. Así que convencido de que su camino estaba bien abonado por tantas prerrogativas positivas decidió desde entonces vivir según las reglas de los monjes o ermitaños del Oriente, donde, en torno a una pequeña iglesia, solían juntarse de diez a trece eremitas y construir una celda de piedra o chamizo para cada uno, que servían de albergue y cobijo a estos penitentes, vestidos de tosco sayal confeccionado de tejido de lana, sencillo y ordinario y que tiene la urdimbre de la trama de estambre, dedicados a la oración, la penitencia y la austeridad, que alternaban con el cultivo de un pequeño huerto para su manutención.

Se ilustró mucho de la vida de los santos solitarios y, meditando sus virtudes, determinó practicarlas. Se informó que en la Sierras de Baza, hacían vida solitaria unos ermitaños allí establecidos y partió para allí desde la ciudad de Tormes donde residía. Su hatillo, unas miserables ropas, una pequeña Biblia y la vida de los antedichos Padres. Una vez en presencia de ellos, pidió con humildad que lo recibieran en su compañía, fue bien recibido, pero no duró mucho en aquella Comunidad. Le desagradaba no trabajar con sus manos para conseguir el sustento diario, y conseguirlo pidiendo limosna y además comprobó que la oración y el recogi-

miento no era tanto como él deseaba. En vista de ello, decidió adentrarse solitariamente en aquellas montañas, confiando encontrar algún medio en que trabajar compatible con la continuada oración y presencia de Dios.

Aquel hombre desinquieto y emprendedor, andaba en vida tan penitente y santa, aunque lleno, sin embrago, de recelos por si se equivocaba o erraba el espíritu de fervor que le movía el propio placer de hacer lo que estaba llevando a cabo. Cierta día, le llegó la noticia de la existencia de un santo varón, el Venerable Maestro Juan de Ávila, su destreza en discernir espíritus, su magisterio de gobernar las almas y sus extraordinarias dotes de ciencia y caridad, que decidió ir en su busca. Llegó a la ciudad de Montilla y nada más llegar se echó a sus pies, pidiéndole le oyese en confesión general. Mateo le abrió su alma, sin ocultarle el menor detalle, así pudo conocer el gran Ministro de Dios, las extraordinarias prendas que el cielo atesoraba en este gran mozo, cuyo solo aspecto, a pesar de sus desaliñadas ropas y su fehaciente pobreza, predisponía a la estimación y el cariño. No sólo aprobó, sino que aconsejó su vocación el Venerable Ávila y le acogió por hijo con una afición y un amor testimonial.

Durante toda su vida guardó el ermitaño Mateo el respeto y devoción al P. Juan de Ávila, hasta el punto que jamás dio paso alguno sin su orden y consejo. El P. Juan de Ávila le dio a conocer a los Marqueses de Priego y otras devotas personas, las cuales le ayudaron y estimaron durante toda su vida.

Algún tiempo después, muy consolado y fortalecido se despidió Mateo del Venerable Maestro para volver a la soledad de su Sierra, que fue entonces la Albaida de Córdoba donde, en una cueva, pasaba por un ángel. Escuchaba misa en el convento de la *Arrizafa* (actual Arruzafa); bajaba a la ciudad a vender sus cestillas, hortalizas y otras cosas de labranza; se sustentaba con lo que sacaba de ello y jamás pidió limosna.

Por su espíritu de caminante y el deseo de descubrir nuevas sensaciones y a pesar de la gran estimación que encontró en Córdoba, pronto abandonó el Desierto de la Albaida para marchar hacia el poniente a campo traviesa, se adentró en los montes de Sierra Morena atravesando ríos y lugares selváticos habitados por toda clase de alimañas, feroces lobos y reptiles venenosos, sólo con el deseo de encontrar un lugar de la Sierra más de su agrado en que poder cumplir los preceptos de su vocación de solitario y la llamada de Dios. Deambuló así varios días hasta que una vez que había traspasado el río Bembézar, a la altura de una finca llamada actualmente las Mesas, encontró un lugar conocido con el nombre de don Martín, término de la villa de Hornachuelos, lugar aparente de soledad y espesura donde, entre jarales, halló una ermita abandonada, en la que se estableció para continuar su vida de penitencia. A este punto y en ocasión de una de las visitas que el hermano Mateo hizo al Venerable Padre Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía, trajo consigo a ruegos del P. Ávila, al joven penitente Diego Vidal que, andando el tiempo, sería sabio y virtuoso maestro y del que más tarde narraremos su biografía.

Después de transcurridos unos meses de permanencia en aquel paraje, decidieron abandonarlo y trasladarse a una cueva junto al río Bembézar, en la que permanecieron hasta que ocurrió una gran crecida del río que les obligó a salir de ella, no sin antes considerar providencial lo que les sucedía y pedir al Señor les iluminase para encontrar un lugar donde poder darle gloria y culto, practicando la vida penitente y solitaria que habían abrazado y escogido por la llamada de Él.

De nuevo volvieron a caminar a la aventura, subieron por una alta ladera cubierta de frondoso bosque de zarzas y jarales, por donde con dificultad se tenían que abrir paso, y así llegaron, después de recorrer más de legua y media, a una explanada al pie de un alto monte, con abundancia de agua y exuberante vegetación, poblada de matorrales y multitud de árboles de la flora mediterránea: alcornoques, encinas y quejigos. Lugar completamente inculto, conocido entonces por “el Cardón”, nombre que era debido a la gran cantidad de cardos silvestres que allí se criaban y que más tarde, seguramente por corrupción gramatical, llamaron “Tardón”, nombre con el que se conocería el convento que los de allí fundaron y que tanta gloria alcanzaría con el correr de los años. ¡Un lugar escogido por Dios y al que los envió, un retiro para alabar y servirlo y en el que los dos venerables penitentes construyeron su choza y ermita!

Desde entonces, se puede asegurar como ya había ocurrido en Oriente y en algunos lugares de España, se nutre y robustece la práctica y culto evangélico en ese reino de las cumbres, donde, entre manantiales y frondas, tienen alojamiento las águilas y el ciervo. Por ello sin duda, consideraron don del cielo haber encontrado tan maravilloso, deleitoso y bello lugar para construir su rústico hábitat, junto a una ermita derruida y que bajo advocación de la Virgen, Nuestra Señora de la Sierra, en ella, comenzando su vida de oración y penitencia que alternaban, como se ha dicho antes, con el cultivo de la tierra subvenir sus mínimas necesidades. Unas ramas colocadas sobre los troncos de árboles, y una plancha de corcho por puerta, sirvieron de celdas, y una esquila colgada de un alcornoque servía de campana, despertándoles a la media noche para congregarlos en la oración a la luz de las estrellas o la luna. Tal fama adquirieron los primeros penitentes que pronto comenzaron a acudir muchos hombres desengañados del mundo, algunos guerreros arrepentidos y otros muchos de alta alcurnia y linaje, en solicitud de ser admitidos en la Comunidad.

El hermano Mateo de la Fuente contó siempre con el consejo del Venerable P. Ávila, para como siempre, en aquellos casos de dudosa vocación, lo que le llevó en corto tiempo a reunir a casi un medio centenar de ermitaños. Aquella experiencia fue la que hizo que el Hermano Mateo se dirigiera al Ayuntamiento de Córdoba, con la súplica de que se les permitiese construir una iglesia y monasterio. Hecho que consta en los archivos del Ayuntamiento de la referida ciudad en el acta de la reunión del Cabildo celebrada el día 28 de marzo de 1557 que, entre otros extremos, dice lo siguiente: *“EREMITORIOS: En este Ayuntamiento se leyó una petición del Hermano Mateo, ermitaño, en que pide se le dé licencia para que pueda hacer él y otros (hermanos) compañeros, una ermita, donde se les diga*

Misa, como a tres leguas de Hornachuelos y puedan hacer sus celdas. Vista la dicha petición, Su Señoría su proveyó que los Sres. Corregidor y D. Pedro Muñoz de Godoy y D. Alfonso Gómez de Córdoba, vean la dicha petición y, en nombre de la ciudad, les den licencia para que puedan hacer la dicha ermita, en la forma y orden que solicitan”.

Para el Hermano Mateo y sus hermanos ermitaños, esta concesión les llenó de gozo y acto seguido pusieron manos a la obra, primero edificaron una pobrísima iglesia, cuyas paredes las hicieron con amalgama de tierra y piedra prensada, y su techo cubierto con planchas de corcho que extrajeron de los cientos de alcornoques que poblaban el extenso llano, en su altar una imagen de la Santísima Virgen de la Sierra a la que daban culto y veneración y dedicándole así mismo, un altar a San Miguel, de quien el Hermano Mateo era muy devoto.

Aquellos hermanos fundadores constituían una verdadera Comunidad bajo la sabia dirección de Mateo, quien bajo la dirección del Venerable P. Ávila, les dictó una Regla breve y saludable, gobernándoles con exquisito tacto y gran celo, trabajó con denuedo para proporcionarse alimento con labores de hortelanos, desmonte de tierras para su posterior siembra y pastoreo de ganado.

Al que era obispo de Córdoba, D. Cristóbal de Roxas Sandoval, prestaron obediencia los ermitaños, que en recompensa a sus esfuerzos y austera vida monacal ordenó sacerdote a Mateo de la Fuente, confirmándole en el puesto de Hermano Mayor de aquella ermita y ermitaños, a los que hizo objeto de constantes dádivas, multitud de atenciones y frecuentes visitas.

En el capítulo XVI del libro de “Las Fundaciones” hace mención de este desierto la Santa de Ávila, hablando del P. Mateo y dice: “Por estas y otras razones y virtudes debía merecer con Nuestro Señor que le diese luz de lo que era el mundo, para procurar apartarse de él, y así comenzó a pensar qué Orden tomaría, intentando las unas y las otras, en todas había de hallar inconvenientes para su condición según me dijo. Supo que cerca de Sevilla estaban juntos unos ermitaños en un desierto que llamaban del Tardón, teniendo un hombre muy santo por mayor, que llaman el P. Mateo, tenía cada uno una celda aparte, sin decir Oficio Divino, juntándose en un oratorio para oír Misa. No tenían rentas ni recibían limosna, manteniéndose de la labor de sus manos, alimentándose harto pobremente. Parecióme, cuando le vi, el retrato de nuestros santos Padres. En esta manera de vivir estuvo unos ocho años”. Esto fue lo que dijo Santa Teresa de este desierto, cuyo crédito recibió con estas palabras de la Santa de Ávila.

Informado el Pontífice San Pío V de las grandes virtudes y del género de vida que practicaban, sin duda por referencias que debió darle el General de la Orden de Santo Domingo, cuyo provincial de Andalucía era muy devoto de ellos y aficionado a visitarles, despachó un Breve para que todos los ermitaños de allí viviesen en soledad y obediencia al Obispo, pudiesen constituir Comunidad y elegir cualquiera de las Reglas aprobadas por la Iglesia. En su virtud, acordaron adoptar la Regla

de San Basilio, continuando la vida cenobítica que el Padre Mateo fundara, alcanzando tal fama de santidad y virtudes que Santa Teresa de Jesús habla de ellos y del P. Mateo de la Fuente en sus libros "Las Fundaciones" y "Las Moradas", citándoles como ejemplo de observancia y buen gobierno.

El trascendental, e inmenso romance legendario, que tuvo lugar en esta selva de la fe en Cristo, cuatro nombres perduran y son perpetuados entre tantos otros ilustres, aureolados por la gloria sus virtudes y milagros: Mateo de la Fuente, fundador; Esteban de Centenares, Diego Vidal y Juan de la Miseria. El P. Fernández Montaña comenta al escribir la vida del Beato Juan de Ávila, dice lo siguiente. "Raro ejemplo de santidad el del P. Mateo de la Fuente, que en su profesión, emuló a los Antonios y Paulos. Varón verdaderamente grande, que, guiado por el magisterio del Maestro Ávila, llegó al grado de santidad heroica y mostró cuán universal fue su sabiduría en todos los propósitos de la vida, en todas las sendas de perfección que hay en la Iglesia, cuan diestro cooperador del espíritu divino en el camino por donde llevar a las almas".

El hacimiento de gracias

Como ya se ha dicho antes, llegó el loor de este vergel a deleitar el ánimo del Santísimo Pío V, el papa de Lepanto, que quiso apoyar con tanto ardor a estos santos varones, que ante el Sacro Colegio Cardenalicio quiso elevar a Dios un hacimiento de gracias, ponderando que, en sus tiempos, tuviese la Iglesia lo que, en otros pasados, fueron la Tebaida y Egipto. En esta sazón despachó —como dice la placa— un Breve para el P. Mateo, en términos de paternal cariño y devoción.

Bajo estas prerrogativas se fundó el venerable convento del Tardón, bajos las directrices del obispo de Córdoba don Cristóbal de Rojas Sandoval (1562-1571), engarzando la vida eremítica con la conventual, y manteniendo igual pobreza y vigor que en los primeros años. Diseño ordinario de Dios: levantar grandes fábricas de pequeños principios y alcanzar grandes cosas. Unas cuevas y cabañas dieron comienzo heroico al Monasterio de Claraval, fundado de la Orden de San Bernardo; y de la humilde choza del Pobrecillo de Asís salió, antes de mudarse a la Porciúncula —Jubileo que se gana el día 2 de agosto en las iglesias y conventos y de la Orden de San Francisco—, la más fecunda familia de la Iglesia.

Fue elegido por los monjes Abad al P. Mateo, quien dio forma a su convento al modo de los de Egipto que pinta San Jerónimo. Para que, con los ejercicios de oración, no faltase nunca el trabajo manual. Enseñó a sus monjes la labor de lana, a hilar, tejer y labrar con tanta maestría los paños que tanta fama daría, andando el tiempo al Tardón, naturalmente sin descuidar los deberes que tenían de cultivar las tierras para conseguir las cosechas de trigo y cereales que debían obtener para su manutención, incluso tomando a destajo los riegos de los lugares vecinos, lo que repartían entre los pobres. Si sabían de alguna familia necesitada, le enviaban

pan y paño, para sustento y abrigo. Así es que los monjes del Tardón eran venerados como verdaderos santos.

Era tan grande la opinión que se tenía en la Comarca del P. F. Mateo que, cuando el rey Felipe II vino a Córdoba y visitó Hornachuelos, le dijeron de él tantas alabanzas que mandó se lo trajeran. Demostró el rey una gran alegría verle y le ofreció si quería alguna cosa. El P. Mateo le respondió que no había menester cosa de esta vida. Por ventura, no pudo decirlo el monarca, en esta parte aventajan los verdaderos pobres de espíritu a los reyes de la tierra. Entonces el rey le contesta con estas palabras: "Padre Mateo, lo que puedo daros os ofrecía; mirad que tengáis cuidado de encomendarme a Nuestro Señor, me dé gracia para cumplir su santa voluntad y mis obligaciones, y que vuestros monjes hagan lo mismo". Mostró gusto y porfía de ir a ver el Tardón, y hasta incluso quiso ponerse en camino, mas lo estorbó el P. Mateo así por la espereza, como por que los monjes no tuviesen ocasión de envanecimiento al ver que la más grande Majestad de la tierra, acudiera a visitarlos.

Las enfermedades que acuciaron al P. Mateo de la Fuente fueron iguales a sus penitencias. Cierta día con ocasión de hacerse una cura, ya que su quebrantada salud lo demandaba, se trasladó a Montilla, pensando sin duda, más que en sus males, en ver al Maestro de Ávila y gozar de su trato. Pero estando allí ocurrió un hecho que lo lleno de desolación y congoja, estando en esta ciudad le sobrevino la muerte al Maestro, sin duda por especial providencia de Dios. Mateo estuvo a su lado y lo asistió con solicitud fraternal, ayudándole y confortándole en aquel amargo trance, en el que fue tan gran consuelo para el Venerable Maestro Ávila ver en este siervo de Dios los frutos de sus predicaciones y consejos, que le abrazó repetidamente con muestras de tierno cariño. El P. Mateo escribió una carta a sus monjes en su tránsito, en las que les decía: *"Al P. Maestro Ávila hemos enterrado. Túvelo por gran dicha, por el consuelo que de ello recibió al verme a su cabecera en tiempo de tanta estrechura. Todo se lo debemos a él, así que lo considero don del cielo haber recogido sus últimas palabras y ejemplos, que tanta gloria han de dar a la Iglesia de Dios, después de una vida santa empleada en su servicio"*.

El P. Mateo, que a sus 51 años había llegado a una gran ancianidad, cuando se estaba curando en Hornachuelos, sintió que le llegaba su fin. Envío a un propio con urgencia al Tardón, para que bajaran diez de sus monjes, y consolándose con ellos, exhortándoles a la rigurosa observancia de su Regla, a la caridad de unos con otros, a que conservaran el trabajo de manos, el retiro, la oración, el silencio y como muy especial observancia que cuidaran a los pobres y nunca les abandonaran.

Después de recibir los Santos Sacramentos con celestial unción, restituyó su alma a Dios el 27 de agosto año 1575. Su cuerpo quedó según consta en documentación del archivo de Córdoba, "tratable" e "incorrupto", notándose un olor suavísimo. Entre rezos y cánticos lo llevaron los monjes al convento, donde fue enterrado en el muro del altar mayor, con gran devoción.

Llegó a tener este Monasterio del Tardón tal fama en España, que reunió a más de cien monjes, como ya se ha dicho, continuando la estrecha observancia de sus fundadores y siendo ejemplo admirable de heroicas virtudes hasta la excomunión, ocurrida, como más adelante veremos, en 1808. Siendo esta la primera modalidad de los basilios en España.

P. Bernardo de la Cruz

La segunda correspondió al P. Bernardo de la Cruz, sacerdote secular de origen montillano, quien consiguió reunir en la provincia de Jaén, junto a los márgenes de un afluente secundario del Guadalquivir llamado río Oviedo, a un grupo de fieles entusiastas de la vida de los ermitaños. Adoptaron las reglas de San Basilio, y así se estableció el monasterio, bajo el nombre de Nuestra Señora de Oviedo o Celdas de Oviedo.

P. Francisco Aguilar de Loaisa

La tercera modelación basiliana corrió a cargo del sacerdote vallisoletano Francisco Aguilar de Loaisa, que estando en Roma con la idea de realizar la fundación de una congregación de ermitaños, comprobó las dificultades con las que chocaban sus propósitos, entonces se acogió a la vida religiosa de los monjes basilios, poniéndose bajo las disposiciones del monasterio italiano de Grottaferrata.

Estos dos eremitas, aunque siguieron las Reglas de la Orden de San Basilio, no llegaron a pasar por el Tardón, pero justo es que se haga reseña de ellos, ya que tuvieron un papel primordial en la citada Orden.

En la provincia de Córdoba además del monasterio que nos ocupa del Tardón, los basilios tuvieron dos centros más como el de Nuestra Señora de Gracia, en Posadas, y el colegio de Nuestra Señora de la Paz en Córdoba.

Según el catálogo del Marqués de Ensenada (1750-1752) el número de monjes basilianos de la provincia en Andalucía era de 170, de ellos 36 en Córdoba y 24 en Posadas. Las discrepancias fueron acelerando incesantemente su decadencia. La invasión francesa y la guerra de la Independencia dejaron a sus monasterios prácticamente arrasados o desiertos. El punto final lo puso en 1835 la desamortización de Mendizábal, que acabó definitivamente en España con la orden de los Basilios.

P. Esteban de Centenares

Siguiendo con el relato y la vida de algunos de los hombres ejemplares que pasaron por el desierto del Tardón, nos encontramos con el P. Esteban de Centenares, otra flor de santidad de este Monasterio, varón ejemplarísimo, muy conocido por sus heroicas virtudes en Andalucía, donde fue uno de los más apreciados y queridos discípulos del Venerable Maestro Juan de Ávila, según cuenta el P. Fernández Montaña, como nació en el año 1500 en Ciudad Rodrigo, en el seno de una familia de la más alta alcurnia, perteneciente al linaje de los Centenares y Pachecos, considerada como de la primera nobleza castellana. De niño fue paje del rey D. Fernando el Católico, pero ya mozo sintió la llamada de la Iglesia, donde sobresalió por su ciencia en Sagradas Letras, de las que impartió clase como Maestro en Salamanca. Movidó por particular luz, determinó emplear sus grandes dotes en servicio sólo de Dios y de las almas y abandonar su prebenda y canongía. Creyendo que haría un mejor servicio a la Iglesia, decidió trasladarse a las Indias a predicar a los infieles la doctrina de Cristo. Así que se trasladó a Sevilla donde habló al Venerable Juan de Ávila, a quien comunicó sus propósitos y pidió consejo.

El Venerable P. Ávila escuchó sus propósitos y le instó a que desechase la idea de marchar a las Indias, recomendándole que en España hallaría donde ejercitar su celo y se aquietase hasta conocer la Voluntad de Dios. Abandonó pues, la idea de marchar a las Indias y se alistó en la escuela del Maestro Ávila. Durante el tiempo que estuvo en su compañía gozando de su doctrina, fue un ejemplo vivo de extraordinaria santidad y ciencia. Llegó a tener gran fama de consumado teólogo, que unida a sus virtudes, le permitía aspirar a los más honrosos puestos, tuvo noticias de que en gran parte de Sierra Morena, del Obispado de Córdoba, habitaban cabreros, colmeneros, cazadores, pastores y otras gentes poco menos que bárbaras, sin asistencia espiritual alguna y faltos de Sacramentos, incluso muchos de ellos no habían sido bautizados. Comprendiendo el estado de estos desafortunados habitantes, entendió que éstas eran las Indias a que le llamaba Dios.

Ayudado por la Marquesa de Priego y siempre de acuerdo con el santo Juan de Ávila, que intercedieron ante al Obispo para que éste lo enviase a algún sitio donde pudiera abrazar la vida solitaria y cenobítica. Así que lo pusieron en contacto con el P. Mateo de la Fuente, al que se unió sin titubeos. Juntos edificaron en aquella serranía, iglesia y ermitas, con el Santísimo y pila de bautismo; decían Misa, confesaban, enseñaban la doctrina, con frutos admirables; bautizaban a los hijos de aquella rústica gente, todo tan sin interés y con santo celo, que a ellos acudían de los contornos a las fiestas y los solicitaban de muchas partes.

El P. Centenares, perseveró durante más de 30 años llevando este género de vida tan heroica y de tan grande merecimiento, en la que juntó los dos grados más excelentes de la Iglesia: la vida solitaria de recogimiento y austeridad y los ministerios apostólicos. Así vivió el santo anacoreta, recogido en la soledad del Tardón, en la que gastaba la mayor parte del tiempo en oración y contemplación altísima,

unas veces inmerso en los libros, otras en los ejercicios de trabajo de manos y en muchas ocasiones hablando con los animalillos del campo. Poseía junto a su ermita, como los demás, un huerto que cultivaba con esmero. Alcanzando aquella limpia y pura tranquilidad de alma y aquel candor de ánimo de los antiguos Padres del Desierto.

Pudieron muchas veces verlo jugar con los peces de los ríos, que se les venían a las manos halagados, volviéndolos al agua, sin que ninguno se hallase burlado, ni lo tomase jamás para sustento, con las águilas pescadoras, los ruiseñores de los tarajales y las oropéndolas de las alamedas, a los conejillos, que a veces comían de lo que tenía sembrado en su huerto, sólo los aprisionaba con unas varas y, riéndole, les dejaba libres, mandándoles como si le entendieran que no volviesen más. Los animalillos le obedecían, pues ninguno de aquella especie volvía.

En las fiestas decía Misas, caminando leguas con una sed insaciable de almas, predicaba y enseñaba a las gentes de la sierra, bautizaba a los niños, les instruían en la doctrina cristiana, les daba pláticas, tan llenas de fervor y unción después del ofertorio, que le vieron muchas veces levantando del suelo media vara, según consta en el archivo de Córdoba. En las Misas administraba los Sacramentos, sin cuidado de las horas ni de los riesgos, con amorosa solicitud; y sucedió que, una noche muy oscura, llamaron a deshora a la puerta de su ermita y, recelando que fuesen ladrones, rehusaba abrirles, mas vencido de la porfía de los que llamaban, salió a ellos, se encontró con dos mancebos de hermosísimo rostro y figura con dos antorchas resplandecientes en las manos. Con una sonrisa angelical, le dijeron que tomase el Santísimo Sacramento, para administrar el Viático a un enfermo y se fuese con ellos. Lo precedieron los mancebos con las antorchas encendidas, acompañando al Señor por aquella soledad y asperezas, como si fuesen por campo llano. Al fin llegaron a la choza del enfermo, al que confesó el P. Centenares, dándole el Santo Viático y preparándole a bien morir, después de lo cual acabó el cabrero su vida dichosamente. Los mancebos le devolvieron a la ermita, con la luz y guía que le habían llevado y, como después de poner el Santísimo en su Custodia, saliese el P. Centenares para darles las gracias, no los halló, ni tan siquiera resplandor de las antorchas. Habían desaparecido súbitamente sin dejar rastro.

El P. Centenares, estuvo el resto de la noche sin poder conciliar el sueño pensando en el hecho que le había ocurrido, por lo que a la mañana siguiente se dispuso a escribir al Venerable Maestro de Ávila, cuando éste le contestó la carta en la misiva recibida le decía: *“Hermano Centenares: no tiene que dudar, que los mancebos que la tal noche le acompañaron eran ángeles, de los que asisten al santísimo Sacramento”*. Tuvo, pues, el santo de Ávila, revelación divina de este suceso, así certifica que sucedió el P. Martín de la Rosa S.I. en el libro del “Ángel de la Guarda”, en el capítulo IX del libro III. Y en el capítulo XV del mismo libro, refiere que viendo una noche también el P. Centenares con su compañero (dicen lo era entonces el P. Alonso de Molina) de ejercitar sus misterios, muy necesitados ambos de sustento y refresco, se encontraron con la mesa puesta en su celda, con

una perdiz bien aderezada, pan blanco y vino generoso, donde a la ocasión no tenía ni aun dejado prevenida cosa alguna, ellos habían dejado la puerta de la celda bien cerrada con llave echada y guardada en sus bolsillos. Con lo que reconocieron ser beneficio del cielo lo que tenían sobre la mesa, lo comieron con gran gozo, no con el deseo de saciar su apetito, sino como hacimiento de gracias. Todas estas demostraciones y otras más fueron con las que quiso aprobar y premiar Dios los nobles empleos de este varón ocupado en vida tan santa de servirle.

Este comportamiento de vida dedicada por entero y en cuerpo y alma al prójimo, sucedió que estos hechos llegaron al Obispo de Ciudad Rodrigo y los diocesanos, que tenían grandes noticias de las virtudes del P. Centenares, pidieran al Rey Prudente se lo diesen como Obispo, en lo que vino en conceder con gran satisfacción y facilidad el Monarca, mas al recibir la cédula el santo anacoreta, se apresuró a agradecer la merced, excusándose respetuosamente y diciendo al rey que como estaba acostumbrado a vivir entre soledad y entre breñas, no apetecía dignidad alguna y, además, estaba seguro, no servir para desempeñarla. Para quien había decidido y saboreado dedicar su vida a la soledad y quietud en el servicio a Dios y los necesitados, en aquel desierto, resultó hartó fácil rechazar una dignidad que juzgó inaguantable, puesto que le obligaba a servir en el ruido y bullicio de las ciudades, halagado y obedecido, no era buen oficio para él, que estaba acostumbrado a obedecer.

Después de aquello quiso Dios coronar esta vida, tan grata a sus divinos ojos, con un remate felicísimo. El P. Mateo de la Fuente había muerto en San Basilio del Tardón del que era abad, como antes se ha dicho, y sujeto del elogio que antecede, los monjes desconsolados pidieron al Arzobispo de Sevilla, Monseñor Cristóbal Roxas, que lo había sido de Córdoba y amaba y estimaba grandemente al santo Centenares, que le nombrase superior del Tardón. El señor Arzobispo, en noviembre del año 1575, envió el nombramiento, mas como tampoco quiso aceptarlo, uno de los monjes le dijo para animarle: *"Mire, P. Centenares, lo que puede hacer es decir en la Profesión que no vino a ser Prelado sino a obedecer"*, a lo cual, el P. Centenares contestó: *"No digas más, no digas más, dísteme la vida"*. Estas palabras demuestran la inseguridad y candor que había en su alma, como si bastara decir aquello para no considerarse Prelado.

El día 18 de mayo del año 1589, catorce años después de aquellos acontecimientos, fue llamado por nuestro Señor para recibir el premio de sus trabajos, contando a la sazón 79 años de edad y sin que le aquejara enfermedad alguna. Naturalmente, había muerto después de decir tres o cuatro días antes Misa y habiendo recibido los Santos Sacramentos con igual paz, humildad y tranquilidad con que había vivido. Los monjes lloraron su tránsito y, llenando de flores sus reliquias, las besaron piadosamente antes de darle sepultura. El P. Esteban de Centenares dejó tal sensación de santo por toda la sierra que después de su muerte se sucedieron, como en vida, casos maravillosos y hechos que se relacionaban con sus heroicas virtudes.

P. Fray Diego Vidal

Por las razones que narraremos a continuación, le debemos dar lugar en este relato al P. Fray Diego Vidal, de la misma Orden de San Basilio, en aquel lugar deshabitado Desierto del Tardón, y, como los anteriores, discípulo del Maestro de Ávila, de quien fue su familiar y secretario. Fue tan fecunda la vida del P. Vidal, que no hubo persona que tratase con él que no resultase prendida de su singular virtud de santidad.

Este santo varón extremeño había nacido en Villafranca, cerca de Zafra, desde donde, mozo aún, pasó primero por Alcalá de Henares y luego por Salamanca en su estudio de Humanidades. Nada más llegar a esta última, compró un libro que le ofreció el librero sobre "El arte de servir a Dios". Le agradó tanto el título que lo adquirió sin titubear y sin que necesitase demasiada porfía por parte del librero. Tras hojearlo un poco, respondió: "En verdad, señor, que me va mejor este "arte" que el que buscaba, que si por este libro puedo aprender a servir a Dios, ¿para qué quiero otra ciencia?". Terminada su lectura y releído en varias de sus partes, comenzó a poner empeño en la práctica de lo que había interpretado con tanto empeño, que pronto comenzó a darle sus frutos. Primero se dio a la penitencia, oración y mortificación, dirigiendo todas sus obras, por pequeñas que estas fuesen, a agradecer a Dios, tal y como el libro enseñaba.

El gusto por otros estudios que le divirtiesen quedaban aparcados, ya que el sabor y la sensación agradable que recibía con el camino tomado de servir al Creador anulaba cualesquiera otra. Pronto dejó Salamanca para ir en peregrinación a Santiago de Compostela, en el viaje se le quebrantaron las fuerzas ya que su salud se había debilitado, pero se acrecentaron y multiplicaron las del alma por el deseo de servicio a Dios y al prójimo.

Dispuesto a seguir el impulso divino y la gran luz que le guiaba a hacer vida cenobítica y solitaria, se dirigió a Sierra Morena, donde se aposentó cerca de un monasterio de cartujos, próximos a la Sierra de Cazalla, construyó, en lugar bien áspero, una choza, donde vacaba en oración, contemplación y otros santos ejercicios. Solía acudir al Monasterio de los hijos de San Bruno donde confesaba y comulgaba y los religiosos, viéndole tan lleno de virtudes, le atendían con lo necesario. Pero como tenía la inquietud y el deseo de mayor soledad, a imitación de los antiguos Padres, que andaban siempre con ansia de mayor retiro, se marchó a una dehesa del Conde de Palma, que llamaban Alcornocal, donde, viviendo en una cueva, continuó sus ejercicios. Desde allí se trasladaba a escuchar Misa al convento de San Luis, de la Orden de San Francisco y, durante el camino, cantaba salmos, con lo que aprendió el Salterio. Dicha virtud no pudo estar por mucho tiempo oculta y el Conde de Palma le ofreció su generosa ayuda y, tras larga porfía, logró sólo que aceptase el pan de cada día, sin consentir más ración ni alimento. Prendado el Conde de sus dotes, intentó persuadirle para que estudiase, ya que su edad y talentos podían dar tanta gloria a la Religión y a la Patria, al

final lo convenció para que se trasladase a Osuna, con cartas de presentación y encomio a su prima la Condesa de Ureña. Esta señora le favoreció mucho, pero él nunca consintió aceptar nada, ni tan siquiera libros que deseó regalarle para que siguiese su afición a las letras, para las que demostraba una extraordinaria disposición y talento. Siempre le contestaba Fray Diego que a él, con su famoso libro le bastaba y para el buen servicio a Dios no necesitaba saber más. Y a fe que para ello no le faltaba la razón.

Por este tiempo era muy extendida en Andalucía, como hemos dicho anteriormente, la fama del Venerable Maestro de Ávila, por lo que Diego, como otros tantos, le pareció oportuno visitarlo, ya que él, como nadie, podría aconsejarle y sacarle de las dudas que pudiese tener. Se puso en camino, y ya junto a él le descubrió su conciencia, exponiéndole sus deseos y demandándole devotamente su consejo. Diego, deseaba que el Maestro le guiase en como emplear su vida del modo que más podría agrandar a Dios. Y así, se puso por entero en sus manos. Nada más llegar, el Venerable Ávila demostró gran contento y, convencido de las grandes virtudes del mozo extremeño, le aconsejó que quedase en su casa y compañía. Desde el primer día lo ocupaba en múltiples quehaceres, muy particularmente en escribir cartas, para lo que tanta disposición mostraba. Según palabras textuales del P. Montaña, *"Muchas de las que hay impresas se han escrito de su mano"*. En tal posada se hallaba muy bien hospedado Diego, a tal punto, que con las enseñanzas que estaba recibiendo, apenas si hojeaba su predilecto libro de Salamanca, sólo se dedicaba a considerar la vida y virtudes del Maestro, que era arte vivo de servir a Dios. Mucho aprendió de esta gran experiencia, de este nuevo libro, que tan docto le hizo en la facultad que tanto deseo tenía en profesar.

Ya había pasado más de un año en compañía del Venerable Maestro, quien le detenía, por ventura para Diego, a su lado, viendo las medras de su alma. Por lo que con agrado, dilataba el tomar la resolución de si habría de volver a la soledad que tanto apetecía y para lo que el Maestro no era demasiado propicio, no tanto por gozar con sus virtudes, cuanto su poca salud y poca complexión, el P. Ávila, cuando le miraba con admiración y cariño, se podía ver en sus ojos una señal inequívoca de preocupación.

Cierto día quiso expresar al Venerable una tentación que tenía y que no le dejaba dormir, y él con el cariño que le profesaba, le dijo: *"Idos a acostar y mirad que os mando que durmáis"*. En la primera ocasión que el P. Mateo de la Fuente, como muchas veces, iba a comunicar su alma con el Venerable Maestro, éste le pidió que se llevase con él a Diego Vidal. Lo que hizo encantado, después de escuchar de boca del Maestro las virtudes de aquel mozo, llevándolo a aquellas asperezas de S. Martín, de donde, por las causas que dijimos y las razones que apuntamos antes, pasaron a habitar aquellas cuevas de Nuestra Señora de la Sierra, que estaban a legua y media del Tardón. Diego gozaba de la doctrina del Padre Mateo y le llenaban el corazón de amor escuchando aquellas palabras y coloquios, forjados en el espíritu del cielo, y la caridad le movía a hacer partícipe de tan alta vida y ocupación a otros, que andaban solícitos de unirse al P. Mateo. Cierta día le dijo

a éste que no consideraba lícito gozar tanto a solas, a lo que el santo Mateo contestó: *“Vámoslo a consultar con el Maestro Ávila y, si él dijere que los recibamos, lo haré, mas si no, se despidan, que yo soy llamado para solitario”*. Partieron los dos y consultaron a aquel oráculo del cielo. Él sin titubear contestó que Diego tenía razón, que si por su medio querían salvarse aquellas almas, practicando tan gran género de vida, no los despidiesen, con lo que volvieron grandemente satisfechos nuestros ermitaños y, algún tiempo después, se pobló aquel yermo, cual el de Nitria en Egipto, tal y como hemos referido anteriormente.

Diego Vidal se construyó su celda en la falda de un cerro que hay al pasar donde estaba ubicado el Monasterio. Fue de los más fervorosos ermitaños; sus ejercicios y virtudes, su traje, comida, trató siempre de asemejarlas a las del santo P. Mateo, con quien, como más antiguo, gozó en mayor intimidad de su comunicación y amor. Trabajaba durante el día, oraba de noche, labraba su huerto, recogía su trigo y jamás pidió limosna. El santo Maestro de Ávila, con quien registraba cuando pasaba en aquella soledad, los gobernaba y allí encaminaban muchas almas, regando con su doctrina estas plantas, que tan colmado fruto habrían de dar en un tiempo no muy lejano.

Un día que estaban en oración los ermitaños, que se entiende que fuese el P. Vidal, vio venir un bello joven vestido de saco, que caminaba hacia el oratorio o iglesia y decidieron preguntarle quién era. El joven dijo ser el Arcángel San Miguel, que venía a ayudar a los ermitaños y que él tenía su especial protección y amparo para perseverar en vida tan grata a los ojos de Dios y que se erigía en protector y mediador de cuantos habitaban en el yermo. Tal suceso demostró después la verdad de esta visión (que el P. Montaña refiere en el capítulo VII, página 422, tomo segundo de la vida del Buen Juan de Ávila).

Por ello hizo que los ermitaños dedicasen al Príncipe de la celestial milicia una ermita en lo alto del cerro, el que ya dijimos y que, en nuestros días, se denomina de San Miguel, de donde recibió el nombre una de las fincas que en la actualidad forma, con los Peñones y Chamiceros (propiedad años después de los monjes) el conjunto de San Calixto. Me permitirán que más adelante hable con más extensión del por qué de haber perdido lo que fue Monasterio del Tardón tan antiguo y sugestivo nombre, legado en la tradición de esta sierra y en la historia misma de las Órdenes religiosas de nuestra Patria, en la que el Monasterio del Tardón, por tantas razones, incluso la de haber sido el único que, por la Bula del Santo Pontífice Pío V, según ya se mencionó, observó la primitiva Regla de San Basilio, mereció ocupar lugar tan destacado y ser objeto de obligada consideración, conservando su nombre para ejemplo y recuerdo de las generaciones futuras. Por si alguien desea comprobarlo, aún se conservan en lo más alto del cerro de San Miguel las ruinas de aquella ermita que la piedad de los monjes levantaron en honor al Arcángel Protector, a la que solía retirarse alguno de los eremitas, en determinadas épocas, para hacer más dura su penitencia, con ser tanta la observada en el monasterio, el estar solo y a merced de muchas alimañas, lo consideraban superior.

A la muerte del Padre Centenares, los monjes eligieron por Abad al P. Fray Diego Vidal, ejemplo según hemos podido comprobar de tan especiales virtudes y tan continuo en la oración que siempre que le buscaban los religiosos le encontraban de rodillas, fuese cualesquiera hora de la noche, sin que jamás le hallasen acostado. Fue siempre un verdadero padre para sus monjes; cualquier cosa que a él le pidiesen, la concedía graciosamente y con los necesitados que a él acudían, era tan desprendido que, no estorbándolo la obediencia, llegaba hasta quitarla de su cuerpo para darla. Más de una vez, sus monjes lo encontraron por los pasillos descalzo, porque había dado sus sandalias, murmurando que "A los Prelados nunca les faltaría". Observó y conservó hasta el fin igual género de vida y una observancia rigurosa y regular ejemplo, siguiendo fiel a aquel su Maestro y fundador, el P. Mateo de la Fuente, que tanto llegó a venerar.

Cuando había alcanzado los 74 años de edad, un 7 de junio, entregó el alma con la que había servido tan dignamente a Dios. Llegó a ser el primer Provincial de su Orden en España, y la fama de sus virtudes corrió por Andalucía, obrándose por su intercesión muchos prodigios, hasta el punto de acudir al Tardón devotos de los más remotos rincones para venerar sus reliquias, las cuales se guardan como prenda preciosa y don del cielo, junto con las de aquellos dos santos varones Mateo de la Fuente y Esteban de Centenares, en una sepultura ubicada en el hueco del altar mayor del Convento del Tardón, con particular y feliz acuerdo que a los que juntó un mismo espíritu en la tierra, reunidos en un mismo monumento, esperen la última resurrección, ya que los tres gozan de Dios en el cielo, en premio de tantas virtudes y gloriosas vidas entregadas a su servicio.

El Hermano Juan de la Miseria

Otro de los discípulos del Venerable Mateo de la Fuente, fue el célebre Juan de la Miseria, el cual desde el Tardón pasó a Sevilla, donde vivió en la Ermita de San Onofre, frente al convento de San Jerónimo de Buenavista, entre la Algaba y Sevilla; con su compañero el hermano Ambrosio, abogado napolitano, que había sido comisionado de Felipe II, en 1561, para estudiar la navegación del Guadalquivir. Profesaron ambos el año 1569 en los Carmelitas Descalzos de Pastrana, volviendo a Sevilla, donde se dio la simpática anécdota con Santa Teresa de Jesús, que cuando fue pintada por el ya Padre Juan, al terminar el cuadro, hizo exclamar a la santa: *"Que Dios le perdone Padre Juan, porque al final me ha pintado fea y legañosa"*.

El Padre Juan de la Miseria, se incorporó de pleno a aquel Convento al que estuvo vinculado hasta su muerte.

Sin duda, fue designio de Dios, al salvar las ruinas de su Iglesia del Tardón (hoy San Calixto), evitar que estas sagradas reliquias no quedasen en el abandono y olvido, (como tantas otras) en que yacían al llegar a nuestras manos. ¡Que la

protección de estos tres venerables nos asista siempre y nos haga un lugar en ese cielo del que ellos participan!

El Testamento del P. Roelas

Existe un testamento que hizo el P. Andrés de las Roelas, clérigo presbítero vecino de Posadas, allá por el mes de septiembre del año 1586, y que se conserva en el Archivo de Protocolos de Córdoba, quien ordenaba que su entierro se verificase en el monasterio de los Carmelitas Descalzos de Córdoba, hasta que pudiera ser trasladado al Tardón. A este P. Roelas, enaltecido por la más pura tradición cordobesa, se le apareció el Santo Arcángel San Rafael, señalándole el lugar donde estaban enterrados los restos de los mártires de Córdoba y haciendo la solemne promesa de su celestial patrocinio a la ciudad, con aquellas felices palabras que las ondas del Guadalquivir, junto al cual se alza la estatua del Arcángel, parecen susurrar al oído de los cordobeses como un símbolo de perenne protección. En el libro de fincas rústicas urbanas y censos de Córdoba, se reseña la propiedad que tenían los frailes del Tardón, en el término de Hornachuelos, que se componía de más de mil fanegas de cuerda montuosas con alamedas y dos hazas de olivar con caserío y capilla. El monasterio vivió días de esplendor en los que se consolidó la construcción de la Iglesia, con una arquitectura clásica y elegante, trazándose su torre, graciosa y ligera cual flecha disparada hacia el cielo azul, de donde descendía a raudales el rocío divino de la gracia de Dios. El conjunto de los restantes edificios era de gran sabor y gusto. En él vivieron durante cuatro siglos un gran racimo de candorosas flores que aquí crecieron perfumando la sierra, hasta que, en 1808, la invasión francesa irrumpió con violencia en este lugar, quebrando la leyenda donde vierte su aroma la pura tradición monacal, como figura en la inscripción en la lápida del patio.

Al ser asaltado por las fuerzas invasoras el monasterio del Tardón, sus moradores no tuvieron otro remedio que abandonarlo, como iba ocurriendo en otros tantos lugares, en los que los franceses iban dejando las huellas del saqueo y el pillaje. Transcurrieron unos años de tristeza y silencio, en los que sólo ofrece su semblante vacío, en torno al que se acogen algunos pastores o aldeanos, tal o cual peregrino o algún que otro cazador. Por lo que se hizo cargo el Obispo de los campos, edificios e iglesia y, 19 años después, los vendió a D. Francisco Sánchez Gadeo, propietario a la sazón de las fincas colindantes. No tuvo Sánchez Gadeo el acierto de conservar el monasterio en su primitiva y original traza. Destruyó los antiguos muros, derribó las edificaciones y transformó aquel bello conjunto, prescindiendo del menor gusto artístico-estético, en simple granja o aldehuela. Se puede decir sin temor a equivocación que sólo se conserva actualmente de tanta riqueza y tradición la obra magnífica de la iglesia, objeto también de vandalismo, en los años comprendidos entre la huida de los monjes y el que se hizo cargo el Obispo de su cuidado. Una centuria más tarde, volvería a sufrir el histórico pueblo los

efectos de la barbarie de unos desalmados que repetirían el sacrilegio religioso, patriótico y artístico, destrozando altares, profanando ornamentos y vasos sagrados, incendiando las imágenes y libros, acabando, en fin, con lo poco que restaba del caudal de piedad, ciencia y virtud de varias generaciones. ¡Triste historia de tantos monumentos sagrados! Y ¡más triste historia aún, la de los desequilibrados que la inmortalizaron! Estos monasterios fueron, durante siglos, los verdaderos mantenedores de toda propulsión intelectual, económica y social, y los que consiguieron cumplir tal misión con mayor eficacia, logrando mejorar el nivel medio de los pueblos, enriquecer con su ejemplo el cultivo del campo y levantar soberbios monumentos arquitectónicos. Estas comunidades prestaron a la Iglesia y a la patria incalculables servicios. Supieron ayudar a sus reyes colaborando en sus empresas interiores y exteriores, e incluso enfrentándose con los más altos poderes, cuando estos desviaban su camino y la salud pública y el bien general exigía imperiosamente su retorno al mismo. En la gran obra de la propagación de la fe y el Evangelio de Cristo, fueron los monasterios esforzados paladines y semillero inagotable de apóstoles.

En estos momentos del mundo en que el porvenir se ofrece tan incierto y el viejo continente, cuna de la civilización, se presenta amenazado por infinidad de problemas tanto de supervivencia como morales, los ojos del alma se vuelven con emoción hacia estos lugares, cultivadores aún de ideas luminosas y virtudes sociales, fábricas de místicos, poetas, teólogos, filósofos y santos, que tanto contribuyeron a forjar el esplendor y la grandeza de otros tiempos felices, en los que el egoísmo humano, aunque existente, no tenía la trascendencia que en la actualidad, lleno hoy, de facinerosos terroristas, que sin ningún sentido ético y rehenes de su delirio trágico, son incapaces de abrigar ningún pensamiento noble, asesinan vilmente y tratan de destruir la humanidad sin piedad, sólo por el mero hecho de matar.

En otras esferas, los bienes materiales se ganan o pierden, crecen o menguan, anuncian la abundancia o la escasez; y sobre ellos actúa la voluntad, la inteligencia de sus creadores y las circunstancias, con su acción ineludible, más en la vida de los pueblos, como en la de los individuos, hay algo permanente que hemos de cuidar, pues de ello depende su propia existencia: el espíritu, al que sin duda se deben todos esos siglos de oro de nuestra Patria, que evocamos no sin nostalgia de algunos.

Resulta emocionante leer, después de cuatro siglos, la petición que estos frailes del Tardón elevaron a la Santa Sede y la solícita atención con que el Santo Padre contesta a estos monjes, perdidos en la fragosidad de la Sierra de Hornachuelos, que no resisto a transcribir, por considerarlo el mejor exponente del espíritu y de la superioridad de aquellas almas extraordinarias.

En el libro "Antigüedad de la Religión y Regla de San Basilio el grande o magno", escrito por el P. Alfonso Clavel, Definidor Mayor y Vicario General de la Provincia, de la misma Orden, capítulo VIII y XII, número 2, página 534-535, editado en

Madrid en 1645, dice así: "En confirmación y testimonio de la acogida que mereció al Santo Padre, Gregorio XIII, la virtud y perfección, así como la pureza de espíritu de los monjes del Tardón, en la Sierra de Hornachuelos de Córdoba, cabe hacer constar el gran gozo de Su Santidad, de que se le ofreciese ocasión de dilatar dicha muestra Orden o Religión, a la que tan particular afecto tenía, y de quien tan buenas nuevas le llegaban, con singular consuelo para su corazón, y luego les concedió y confirmó lo que a Santa María de Oviedo. Y por si las Profesiones padecían nulidad, les mandó que hiciesen en manos del Abad de Santa María u otro Abad que como miembro de esa sagrada Religión los engendrarse en legitima sucesión de N. P. San Basilio". Son estas sus palabras: "Por nuestras letras apostólicas mandamos a cada uno de los monjes del Tardón y Galleguillos, en Hermanos suyos y reciban la Profesión de la Regla del dicho Orden de San Basilio, y todos, unos y otros, quedaron hechos una Congregación y súbditos del Reverendísimo Padre General". En que se debe advertir que el Abad de Santa María de Oviedo, en cuyas manos mandaban profesar los virtuosos monjes del Tardón, era hijo verdadero y profeso que profesó en manos del Prelado de la religión, que a no serlo no le señalaran para la profesión. Y, aunque es verdad que para dar y admitir profesión de cualquier Regla o Religión, puede Su Santidad, como supremo Prelado y dueño, señalar a cualquier religioso que en nombre de la Iglesia admita la Profesión, más señalar al Abad de Santa María no es sólo por ser legítimo sucesor e hijo de aquella donde se hacían estas profesiones, sino sobre todo por querer dar a los monjes del Tardón una prueba de su solicitud y cuidado y del aprecio que hacía ellos, a los que, en dos Breves que se conservan en el Monasterio de Santa María de Oviedo, pide recen por sus particulares intenciones y no le olviden en sus oraciones y penitencias. Lo cual, sobre probar por si alguno tuviera duda, que es cosa llana, que los monjes del Tardón dimanen y vienen derivados en legítima sucesión de la Orden de San Basilio de Italia, por un privilegio especialísimo del Santo Padre, pues bien sabido es que para las Órdenes Monásticas fue dada en Occidente la Regla de San Basilio.

Debido a la fama de este eremitorio muchas fueron las personas nobles o plebeyas que les donaron sus propiedades, en parte o totales. Por lo tanto, al día 14 de enero de 1753, según el Catastro original del Ayuntamiento de Hornachuelos los bienes que poseía el Monasterio del Tardón, eran los siguientes:

Edificios: El Convento, una curtiduría en el mismo; una casa en Hornachuelos; un lagar en Luchena; dos molinos de aceite y uno de zumaque en el Guadalora; una casa de campo y un molino harinero en el Batán, arroyo de Guadalora y el cortijo Rubio en el mismo río. *Terrenos:* La dehesa del Mosquero; la haza del Berro en Luchena; la haza del Fraile en Guadalora; piezas de tierra en Luchena y en el Nogal; las tierras de Matarromán en San Calixto; las tierras de Esparteros en Hornachuelos; el chaparral y el olivar de los Gómez de Guadalora; el membrillar y la vereda en el mismo sitio; las hazas de Balsequillo el bajo, de Cavaría, de la Viña de abajo, en Guadalora; las hazas de la Tiembla y de las Vegas de San Calixto; y la haza de los Morales, a una legua de Hornachuelos. *Rentas:* Tres juros corrien-

tes en Écija por valor de 168,185 reales y 30 maravedíes; otro juro corriente en la misma población; otro juro sobre Almojarifazgo de Indias de 29.431 reales y 26 maravedíes; otro de 40.900 reales y 26 maravedíes; otro sobre la alcabala de Écija y de Sevilla de 12.071 reales y 10 maravedíes, aunque estos tres últimos eran incobrables; una memoria; once censos redimibles de 176.000 en conjunto de principal; siete censos de escaso valor; y mil misas rezadas anuales a 6 reales cada una, 47 a tres reales y 141 cantadas a 30 reales a favor de las almas de los fundadores. *Colmenares*: Veintiuno con 1.900 colmenas. *Animales*: 74 cabezas de ganado vacuno, 800 de ganado lanar, 804 de ganado cabrío, 210 de cerda, 5 mulas, 10 yeguas, 4 caballos y 25 jumentos.

En la invasión de los franceses como anteriormente se ha dicho aniquilaron el Convento, confiscaron los bienes y lo destruyeron. Hoy es la aldea de San Calixto del Tardón, agregada a la villa de Hornachuelos, existiendo un título nobiliario de Barón de San Calixto, que concedió el Rey a la familia granadina apellidada Gallego, hasta donde conocemos; ostentó el título don Antonio Gallego Burín, que fue catedrático de Arte y Director General de Bellas Artes en el periodo comprendido entre el 1951 al 1961, posteriormente lo heredó su hijo don Antonio Gallego Morell, Doctor en Filosofía y Letras, Catedrático de la Lengua y Literatura y profesor Emérito. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y primer Rector de la Universidad de Málaga en 1972, Rector de la Universidad de Granada, en 1976 en la que fue reelegido en 1981; Académico de la Real Academia Española y de la Historia; de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo; de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga, posee un extenso currículo de nombramientos y premios literarios y en 1994 le fue concedido el IV Premio de Investigación sobre temas andaluces "Plácido Fernández Viagas" por su dilatada vida académica y trabajos de investigación, y naturalmente ostenta en la actualidad el título de Barón de San Calixto.

Juan de Ávila "El Apóstol de Andalucía"

Juan de Ávila, que en buena parte fue copartícipe, alentando y aconsejando a los santos varones que llevaron a feliz término el establecimiento del Monasterio del Tardón en Hornachuelos, nació el año 1505 en Almodóvar del Campo, Ciudad Real. Y como es nuestro deseo contar lo más fehaciente posible la historia, leyenda o misterio del Tardón, justo es que a grandes rasgos narremos la vida del que fuese llamado Apóstol de Andalucía, el Bienhechor y el Venerable Maestro. Resultado de su elocuencia y unción fueron la conversión de San Francisco de Borja, la resolución benéfica de San Juan de Dios y la vocación de Santa Teresa. Sus esclarecidos méritos no le libraron de ser acusado ante la Inquisición, si bien su probada inocencia le libró de la cárcel. Sus tratados más famosos son: *Del conocimiento de sí mismo*, *De la oración*, *Del Santísimo Sacramento*, *Reformación del*

estado eclesiástico, Anotaciones del Concilio de Trento y, especialmente, su *Epistolario*. Sus sermones, desgraciadamente no los podemos gozar nosotros, pues todos fueron improvisados y ninguno dejó escrito. El *Epistolario* fue traducido al italiano y francés. Han trazado su biografía: Fray Luis de Granada (1588), Juan Díaz (1595), Martín Ruiz (1618) y Luis Muñoz (1635), entre otros.

Juan era hijo de una familia de clase media acomodada, así que cuando tuvo edad de ello su padre lo envió a estudiar a Salamanca y después a Alcalá de Henares. En ambas universidades estudió Teología y Humanidades y a la muerte de sus padres, repartió su herencia entre los pobres y se ordenó sacerdote. Quiso marcharse a las Indias, como la mayoría de los que desearon impartir sus enseñanzas y predicar la palabra de Cristo, pero el Arzobispo de Sevilla le disuadió de su proyecto, indicándole que aquí en Andalucía podría desarrollar esa santa misión. Si repaginamos un poco podemos comprobar que eso mismo le ocurrió al P. Esteban de Centenares con el Venerable Maestro de Ávila, los hechos se asemejan tanto que hasta son coincidentes. Por esta razón, creo que sería la causa de que lo quisiera retener a su lado durante largo tiempo y que por él sintiese una especial predilección y que llegara a ser uno de sus más apreciados discípulos.

Juan de Ávila se consagró a la predicación con tal celo, que sus sermones llegaron a los confines más apartados de España, por lo que San Ignacio de Loyola le pidió como tantos otros que fuese su consejero.

Su misticismo es activo, ya que para él la contemplación no tenía valor si no se traducía en obras. Sus escritos se caracterizan por su tono paternal y bondadoso, como se aprecia en el tratado *Audi, filia*, que dirigido a doña Sancha de Carrillo, hija de los señores de Guadalcazar, además de los anteriormente citados.

La mayor parte de su vida religiosa la pasó en Montilla, desde donde dirigió con sabia mano a muchos de los santos varones que decidieron abrazar la vida monacal y cenobítica. Para él, y como reza en un azulejo-mural en la fachada del pequeño atrio de la Iglesia de San Calixto, encabezado por una frase bíblica en latín, que lo más importante en la vida de un hombre es "BONITATEM ET DISCIPLINAM ET SCIENTIAM DOCE ME", que significa: "Enséñame en la Bondad y la Obediencia". Y ésta fue la observancia con la que vivió hasta su muerte, la misma que les inculcó al P. Mateo de la Fuente, al P. Esteban de Centenares, al P. Fray Diego Vidal, al P. Andrés de las Roelas, y tantos otros que pidieron su consejo y su venerable sabiduría. También pasaron por el Tardón los carmelitas P. Ambrosio Mariano y Fray Juan de la Miseria.

Y como ya se ha dicho, el bienhechor Juan de Ávila, murió, como informa una lápida, en la casa número 6 de la calle de la Paz en la ciudad de Montilla (Córdoba), el día 10 de mayo de 1569.

Y hasta aquí la historia, leyenda o misterio del Desierto del Tardón en Hornachuelos, y la de una aldea, San Calixto, que fue testigo directo de los acontecimientos que

se han narrado para conocimiento de muchas personas que no han tenido la posibilidad de vivirlos, e incluso de no poder disfrutar de la belleza, el sabor y el silencio que se puede gozar en un lugar tan maravilloso como éste, impregnado de olores de pureza y virtudes.

En el día de hoy la decimonónica Iglesia de Nuestra Señora de la Sierra, cenobio, como ya se ha dicho, de una comunidad de Carmelitas Descalzas, sus actuales cuidadoras, se esmeran para que las personas que lo desean visiten este lugar y adquirir infinidad de artículos y dulces, que sus primorosas manos fabrican con el mismo amor y esmero que laboraron la lana, hilaron y tejieron sus paños, cultivaron sus pequeñas huertas, extrajeron la miel de sus colmenas y amasaron el delicioso pan de pulpa aterciopelada y brillante, con aliño de sal y aceite, aquellos santos varones que las precedieron y que tanta fama darían al Desierto del Tardón en este bello rincón de la Sierra de Hornachuelos. Ellas saben que Santa Teresa de Jesús desde el cielo "Velará porque con los efluvios de la oración, que se remontan al cielo, desde este humilde convento de unas pobres Carmelitas Descalzas, descienda a la tierra y se viertan sobre la patria y la humanidad las alegrías de la gloria".

Fuentes consultadas

1. Archivos del Convento de las Carmelitas Descalzas de San Calixto.; documentos de los Basilio, Mateo de la Fuente, Bernardo de la Cruz, Francisco Aguilar de Loaisa, Esteban de Centenares, Diego Vidal, Juan de la Miseria y el Venerable Juan de Ávila.
2. Sobre la Iglesia, imágenes y pinturas: Archivo del Convento y verbales de la Madre Superiora y del Párroco de San Calixto don Sabino Menéndez González.
3. Catastro original del Excelentísimo Ayuntamiento de Hornachuelos del año 1753.
4. Archivo de Protocolos de Córdoba: sobre el testamento del Padre Roelas. Fechado en septiembre de 1586.
5. Sobre la Baronía de San Calixto: Entrevista con algunos conocidos del señor Barón y directamente al actual Barón de San Calixto, don Antonio Gallego Morell.



**Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**



**Diputación
de Córdoba**